

ANUARIO

DE LAS

ACTIVIDADES CELEBRADAS EN ANDALUCÍA

CURSO 1994 - 1995

CURSO 1995 - 1996



ASOCIACIÓN ANDALUZA DE PROFESORES DE ESPAÑOL

"ELIO ANTONIO DE NEBRIJA"

Asociación "E. A. de NEBRIJA": Anuario 1994 - 95, 1995 - 96

al lenguaje convierte a quien lo hace en proteccionista aduanero, en desconocedor de la realidad: la ebullición constante de la lengua, que no puede quedarse separada de la circunstancia social en que vive. Igualmente, rechazamos desde el principio una visión catastrofista con respecto al presente y futuro del español, entre otras cosas porque quienes así lo han hecho a lo largo de la historia tan sólo han mostrado su falta de talento profético. No podemos olvidar que ya en el Siglo XVIII Juan Pablo Forner escribió nada más y nada menos que unas *Exequias de la lengua castellana* —obra tan pesimista de título como de contenido— en cuya primera página se podía leer un juicio tan hostil como el que sigue: «*porque, en fin, no han sido los vándalos, los godos, ni los árabes los que en esta ocasión han hecho guerra a la elocuencia de España obscureciéndola con el bárbaro idioma de sus países. Los españoles, los mismos españoles, la han perseguido y aniquilado traídoramente. De ellos ha recibido su lengua una injuria que no recibió jamás de las naciones más rudas y feroces.*». Y nuestra lengua, dos siglos después, sigue viva, muy viva, respondiendo al reto de la vida moderna, con continuos cambios.

Nos referíamos hace unos minutos a la ebullición constante del idioma, que no puede quedarse lejos de la circunstancia social en que vive. Las lenguas cada vez se **parecen más unas a otras al tener que aceptar la mayoría la pauta que le viene impuesta por aquélla que dispone de mayor poder a la hora de crear más y más útil ciencia.** Esto hace que la afluencia de extranjerismos sea una necesidad en muchos casos, en todos aquellos en que las palabras sirvan para denominar algo que no exista; así, basta con revisar las dos últimas ediciones del DRAE (1984, 1992) para encontrar en ellas desde el

bíter a la pizza, pasando por el **bricolaje**, el **buró**, el/la **casete**, el **escáner** o el **eslogan**. En este sentido, hemos de entender la sentencia unamuniana: «meter palabras nuevas es meter nuevos matices de ideas». Negar esto sería tan absurdo como poner puertas al campo. Sin embargo, confundir lo dicho con la corruptela de intercalar anglicismos en nuestros textos españoles, sólo sirve para ir pudriendo lentamente nuestra lengua con el inglés, como está pasando en algunos territorios hispanoamericanos. Por ello, desearía, sin olvidar su mencionada condición de instrumento —lo que lleva consigo que la gradación de destreza en su empleo sea muy extensa—, hacer unas breves consideraciones al respecto.

Recuerdo un artículo que en 1970 publicó S. de Madariaga en el *ABC Semanal*. En uno de sus párrafos, el autor comentaba indignadísimo un anuncio en el que aparecía, con grandes caracteres tipográficos, este texto: RUSSIAN WODKA. El vodka o la vodka es una bebida rusa; «russian» es un adjetivo inglés y «wodka» —con w y no con v— es un vocablo alemán. ¿Cabe, se preguntaba tan insigne humanista, mayor falta de respeto al pueblo español que anunciarle una bebida rusa con un sustantivo alemán y un adjetivo inglés?

En 1990, veinte años después, con motivo de una aportación que preparaba para una incipiente, aunque ya fenecida, revista universitaria del *campus almeriense*, **pude comprobar el escaso eco que tal consejo había tenido entre quienes —aunque trabajando en los medios de difusión, y por tanto con evidente influjo— parecen tener poco que decir ante las succulentas cifras económicas aportadas por la publicidad; ninguna otra causa más convincente para dejarse llevar por la rutina o por la frivolidad de las modas (de las modas verbales) y repetir, una y otra vez, errores sin someterlos a ningún**

tipo de control. Como muestra —tan sólo como muestra—, tras ceñirme al mundo del automóvil y en no más de diez minutos, encontré en un semanario que en ese momento tenía a mi alcance —*El País Semanal* (Sábado 21/Domingo 22 de Abril de 1990)— desde el GOLF CABRIO (pág. 44), con **motores a inyección*, hasta el LANCIA Y-10, con la posibilidad de **tres motorizaciones distintas* (pág. 101), pasando por el ORION GUIA, para más detalles, 1.6 y 1.6i, en el que podíamos viajar ** a ventanilla cerrada* (pág. 82).

No sé si aquellas campañas publicitarias dieron los ingresos imaginados a sus compañías; tampoco conozco si los modelos anunciados corrieron la misma suerte que la revista universitaria citada. Lo que sí sé es que, sorprendentemente, esa preocupación de la especie humana por mejorar todo cuanto le rodea —desde el jardín de la plaza del pueblo, al tipo de impresión de cualquier periódico; desde los últimos modelos de un fabricante de botones, al batido para dietas adelgazadoras con el mínimo de calorías y todo el sabor— no parecía haberse extendido al uso de la lengua, instrumento siempre, es verdad, pero no de usar y tirar, como piensan tantos y tantos charlatanes de la publicidad, sino instrumento colectivo de comunicación, por lo que se habrá de atender a su enseñanza, promover su estudio y vigilar su empleo.

Años después de mi aludida exploración lingüística, volví a la misma revista, *El País Semanal* (17/V/1992 y 21/VI/1992); todo había mejorado en ella: su formato, su fotografía, el número de sus colaboradores...; también leí el mismo tipo de publicidad: la del automóvil, cuyos avances tecnológicos nos invitaban a disfrutar *«de todo el placer de conducir»*; los motores, que antes eran *potentes*, ahora habían pasado a ser *salvajes* (el del

Citroën ZX merecía tal consideración porque era «capaz de alcanzar una aceleración de 0 a 100 Km/h. en sólo 8.3 segundos») y *ecológicos* («con catalizador de varias vías y sonda lambda, filtro antipolen, piezas en materiales reciclables, etc.»); los asientos podían ser regulables eléctricamente; las llantas, la suspensión, los frenos..., todo había llegado a tal grado de superación que en una de las páginas se podía leer: «cuando la tecnología de un automóvil alcanza el máximo nivel, solamente puede perfeccionarse con el instinto».

Repasé otros anuncios: desde el *Winston Gold, Smooth rich taste* al *Nestlé Slender*, dieta completa y equilibrada para el control de peso. La situación, por desgracia, era parecida. Y en ese mundo de color, de bienestar, de progreso, sólo la lengua, invitada pobre, desairada en un anuncio y otro, aparecía, en contraste pintoresco con el resto de la página, con sus andrajos bien visibles. La cerveza *Mahou* nos anunciaba su regalo —tres nuevas jarras de su colección exclusiva— con este enmascarado español: *«consiga su Colección de Jarras Mahou, únicamente a través de las Latas y Packs de 6 y 10 botellas de Mahou y Mahou Cinco Estrellas, que incluyen este flash promocional»*. *Comparex*, la solución inteligente, trabaja *«con profesionalidad. Con rentabilidad. Y con sistemas acreditados de tecnología «state-of-the-art»*. *Avalados por un «Know-how de amplia implantación»*. Más pingajosa aún, aunque en este caso galicada, aparecía nuestra lengua en la publicidad de un *anticelulítico* de los laboratorios Elancyl (17/V/92, pág. 111): *«Nuevo Transdiffuseur Anticelulítico con sistema Osmo-Activo(...) que asegura una difusión progresiva y duradera de los principios activos adelgazantes y reestructurantes»*, anuncio que debió de resultar más barato al no tener que abonar honorario alguno al traductor.

No creo que sea necesario seguir porque tal vez sólo sirva para cansar a todos ustedes. Además, si hubiera querido recoger mayor número de ejemplos, no me habría valido de uno de los pocos semanarios que, en el mundo hispánico, tiene un *Libro de estilo*, sino que hubiera optado por cualquier otro, especialmente por los dirigidos a los jóvenes, en los que lo dicho hasta ahora parecería *agua de borrajas*.

El que la mayoría de los miembros de una comunidad lingüística pueda intuitivamente clasificar a un individuo cualquiera a partir de su manera de hablar, da al lenguaje un cierto carácter ubicador. La consciencia de este hecho por parte de un número superior, cada vez, de personas es la principal causa que podría justificar un interés mayor por huir de usos incorrectos que nos puedan situar negativamente en el marco sociocultural.

A pesar de este supuesto provecho, no han sido muchas las tentativas desde los medios de comunicación por alentar tal inquietud. Si nos limitamos a estos últimos treinta años y a suelo español, podríamos mencionar como columnas periodísticas con justa fama entre los lectores, *El idioma nuestro de cada día*, publicada en *La Estafeta Literaria*, desde el año 1968 a finales de 1970; *El dardo en la palabra*, de F. Lázaro Carreter, cuyo nacimiento fue en 1975, en el desaparecido diario madrileño *Informaciones* y subsiste en servicio distribuido por la agencia EFE; no han sido tan longevas otras dos secciones fijas sobre el español de nuestros días que aparecieron en el ABC, a finales de los setenta y comienzos de los ochenta: *El disparate* y, especialmente, *Diálogo de la lengua*, firmadas con los seudónimos de «Crítico» y «El Brocense», respectivamente. Con ser las de mayor difusión, no son las únicas dignas de ser reseñadas: S. Arnáiz llevó una sección fija sobre lenguaje, *Las*

palabras por dentro, en *El Alcázar* de los años setenta; en 1986, F. Lázaro Carreter comenzó una nueva serie *Calle de Felipe IV. Real Academia*, que se publicó en ABC, supl. ABC literario de los sábados; en las mismas páginas literarias se hizo firma habitual la de «Tamarón», con una sección titulada *El habla nacional*, cuyo título fue sustituido, a partir de 1986, por el de *El guirigay nacional*. En todas ellas, se registran tanto las curiosidades como los vicios, incorrecciones o colonialismos de nuestra lengua, especialmente la hablada.

Algunos de estos artículos publicados en periódicos se han editado, posteriormente, en forma de libro: los de M. Rabanal, aparecidos en *Ya!*, o R. Carnicer, en *La Vanguardia*, desde mediados de los sesenta; en los cuatro volúmenes del profesor berciano² dedicados a la observación y análisis de nuestra lengua en el momento actual, se atiende en especial a aquello que para el autor resulta ser su patología: «la frivolidad de las modas (de las modas verbales), los excesos de la pedantería y de la afectación y los bajíos del puro disparate. Nuestro análisis intenta corregir unas veces, justificar otras y poner de manifiesto los errores o desatinos en que el hablante puede incurrir.»³

A modo de ejemplo, quisiera leerles dos fragmentos pertenecientes a otros tantos artículos de los aludidos anteriormente y en los que hay una clara preocupación por el uso desidioso del español de nuestros días. Sus autores son dos personalidades pertenecientes a mundos bien distintos: F. Fernán Gómez y F. Lázaro Carreter.

El primero, con su gracejo habitual, lamentaba que el cine español no tuviera otra forma de parecerse al americano que no fuera sino a través de la sustitución de las palabras españolas por otras inglesas aunque éstas no designaran nada nuevo, nada que antes no existiera.

Entresacamos unas líneas de su artículo "Palabras cercanas y lejanas", en *El País Semanal*:

Hasta hace pocos años, cuando no se sabía con seguridad si un actor iba a intervenir o no en lo que pensaba rodarse al día siguiente, se le decía que estuviera prevenido hasta determinada hora por si tenía que acudir al estudio. Y a eso se le llamaba estar *prevenido*. Y uno decía:

— Perdone, Luci, pero no puedo salir de casa porque estoy *prevenido*.

Creo yo que estaba bastante claro, y que Luci y cualquier persona lo entenderían. Pero ahora en eso también hemos evolucionado mucho, y cuando estamos en casa o donde sea prevenidos por si nos llaman para trabajar lo que estamos es en *stand by*, o sea, *puesto por*.

Como es natural, no cuesta ningún trabajo aprenderse estas palabras, como de chico me aprendí *off side*, aunque dijéramos *orsa* y *fao*, que quería decir que uno le había puesto la zancadilla a otro. Pero no entiendo por qué los encargados del departamento de producción no pueden decirme que estoy prevenido. Ahora en España en vez de *off side* se dice *fuera de juego* y el fútbol sigue interesando.

¡Cómo no vamos a estar de acuerdo con nuestro cinematográfico articulista! Todos sabemos que para que cualquier palabra foránea pueda llegar a ser aceptada como préstamo en nuestra lengua, debe cumplir estas dos condiciones:

a) Que sea imprescindible para poder designar las **nuevas realidades, los nuevos conceptos, las nuevas técnicas**. Nada más aclaratorio que un nuevo fragmento del mismo artículo en el que se hace referencia a una palabra cada día más empleada:

—Mañana tengo un *casting*— me dice un actor al que me encuentro por la calle.

Quiere decir que mañana debe ir a la oficina de una productora para que entre él y varios actores más elijan a unos cuan-

tos. Comprendo que mejor que esta frase tan larga que acabo de escribir es utilizar una sola palabra. Pero, ¿por qué no utilizar *reparto*? ¿Por qué ese actor no puede decir que mañana debe acudir a un *reparto*?

La palabra inglesa *cast*, que significa echada, tirada, molde, tirar, lanzar, fundir... en la jerga teatral de Inglaterra y Estados Unidos significaba *distribución*, lo que en España se ha llamado toda la vida *reparto*.

b) Que esté de acuerdo con el genio y el espíritu de nuestra lengua, con la forma interior del lenguaje de Humboldt, o, para ser más claro, que cualquier préstamo se haga con arreglo a las leyes intrínsecas conservando el estilo arquitectónico del idioma, su unidad y armonía; en este sentido, palabras ya aceptadas como **fútbol, argot, pizza, pizzería** (aunque exista pizzicato: sonido que se obtiene en los instrumentos de arco) nos parecen inapropiadas.

El otro texto al que antes aludía, el de F. Lázaro Carreter, pertenece a una de las columnas de "El dardo en la palabra", la titulada *Instrucciones en español*, que se publicó en *ABC* (28/10/1989). La compra de un banquillo para la terraza depara al nuevo propietario algunas sorpresas motivadas por la lectura de las instrucciones, que vienen en un español algo especial.

Lo recibe en su casa, y rompe el embalaje ante su familia expectante. Ahí están, en efecto, las recomendaciones prometidas. **Vienen en alemán, inglés, francés y otro. Como ignora las tres primeras lenguas, sospecha que el otro es la suya.** Y lee "Instruction de montage". Pasa por alto las que cree erratas, y prosigue: 1. Ponga los pies uno al lado del otro. Como los bancos no suelen tener pies, sino patas, piensa que debe juntar los propios, y une enérgicamente los talones. Algo, sin duda, extraño, pero las técnicas son hoy muy estrictas. Pasa a la "instruction" 2, que reza: «Coloquén» el asiento sobre los pies y «fijé» los tornillos «fácil». Sorprendente: se pone el tablero de canto sobre los

empeines —por suerte, ya hemos dicho, es ligero—, pero ya no sabe qué hacer con los tornillos que debe «fije fácil», etc. etc.

En postura tan extravagante, sigue leyendo: 3. «Fijen» el apoyo y «atornillelo». Su mujer, sus hijos, lo contemplan inquietos al verlo inmóvil. Ansioso, continúa: 4. «Montén» la escuadra «medial» y «appretén» los tornillos «fuerte». Ya desesperado, acomete el número 5: «tapen» los «bujero» con los tapones. Y arroja el banco a la calle, que cae sobre un perro y lo mata.

Ante situaciones de este tipo, el gobierno francés de Balladur sacó una ley que venía a reforzar otra de 1975, ley de Empleo de la Lengua Francesa, la cual, a la par que disponía que la publicidad, la oferta, las instrucciones para el empleo de un producto, etc. deberán hacerse necesariamente en francés, prohibía introducir expresiones o términos extranjeros si existen equivalentes nacionales. Aún en 1994, lamentaban las instituciones oficiales, encabezadas por Mitterand, que el francés en su propia patria padeciera el acoso del inglés, especialmente en esos giros idiomáticos que infectaban la publicidad, los anuncios, la vida económica y la mercantil.

Son diferentes las opiniones que se podrían dar con respecto a este tipo de medidas. Algunos dirán que el mejor modo de proteger una lengua es utilizarla, propiciarla y estimularla, lo que no es sino otra manera de darle amparo. Y estamos de acuerdo. Ahora bien, lo que consideramos inaceptable es pensar que las preocupaciones por el uso de nuestra lengua son zarandajas y que su salud es buena siempre que *siga sirviendo para comunicarnos*. Tal idea es tan errónea como confundir la libertad con el derecho a la holganza. Esto me recuerda aquel famoso letrero de un pueblo andaluz: «K PAN K LA», del que nos hablaba hace muchos años Unamuno; para algunos era muy fácil: *capancalá*, cal para encalar; tan extraño anuncio nos consta que cumplió la función

comunicativa para la que se escribió: que la gente supiera que allí se vendía la cal.

Podríamos hablar de otros muchos temas del español de nuestros días:

— De ese abuso de adverbios en *mente*.

— Del empleo de adjetivos encomiásticos que, una vez superado el ciclo: *bueno, estupendo, maravilloso, excepcional, divino*, exigen la prefijación con *super*.

— De esa tendencia que existe en los jóvenes no ya a evitar los eufemismos, sino al empleo continuo de disfemismos, así como a esa constante repetición de palabras cliché (*tío, rollo, colega, mogollón, chorrada, pasar de*, etc.).

— Del dequeísmo/queísmo: *me dijo de que / informó que*.

— De la pobreza en el uso de los relativos, etc.

Pero puestos a elegir, yo optaría para estos minutos finales por otra costumbre que está muy extendida actualmente: la *moda del archisílabo* o *manía sesquipedálica*, lo que traducido al español estándar significa ese placer que experimentamos todos los hablantes por el empleo de palabras largas, rimbombantes, y traducido al refranero: ese gusto por la palabra grande, ande o no ande.

Quienes somos aficionados al fútbol hemos de oír en las retransmisiones, entre otras cosas, hablar del *posicionamiento* de un equipo en el terreno de juego o de la posibilidad de *repcionar* bien o mal un balón por parte de alguno de los jugadores.

Las palabras *posicionar/posicionamiento* ya han sido una y otra vez criticadas en algunas de las columnas anteriormente aludidas: *Diálogo de la Lengua* (ABC, 6/III/1982) o *El dardo en la palabra* (ABC, 4/II/1984); en ambos casos, el término es considerado como un angli-

cismo derivado de «*to position*», que significa «asumir o mantener una actitud», por lo que su desafortunada acepción venía de la mano ideológica, o sea, **posicionarse ante cualquier idea* era exactamente igual que «optar», «decidirse», «adoptar una postura», etc.; de ahí su absurda y caprichosa creación. Desgraciadamente, hoy la podemos encontrar en la edición de 1992: «tomar posición o partido».

Nuestro «posicionamiento» futbolístico no tiene este origen tan europeo, sino otro muy distinto: la manía *sesquipedálica* de la que nos ha hablado Amando de Miguel, o la *moda del archisilabo*, título del artículo que Aurelio Arteta publicaba el 21/9/95 en *El País*. En ambos casos, lo que encontramos es el resultado de esa apetencia por parte del hablante a alargar una palabra ya existente con nuevas derivaciones, cuyos significados vienen a coincidir con el de algún estado anterior. Del verbo *poner* se crea el sustantivo *posición*, «actitud o modo en que algo está puesto», y del sustantivo se crea un innecesario derivado verbal, «*posicionar*», con el significado de «poner», «colocar»; de ahí un nuevo y doblemente absurdo derivado, esta vez sustantivo, «*posicionamiento*», que significa «*posición*», ni más ni menos. Por consiguiente, no vemos causa alguna que justifique el empleo de este verbo con el significado de «colocarse», «ponerse», «situarse», etc.

El mismo fenómeno se da con la palabra *repcionar*, en las retransmisiones futbolísticas: «repcionar el balón»; el vocablo no aparece en el diccionario de la R.A.E., aunque sí *recibir* y *repción*, sustantivo a partir del cual se crea, pero con un significado que ya existe y que, si en una época se consideró como galicismo, hoy está más que expandido y aceptado en el lenguaje sectorial futbolístico: *controlar* el balón. Por tanto, no tiene senti-

do alguno la introducción de un término tan ambiguo en nuestra lengua, puesto que no va a aportar absolutamente nada nuevo si no es ese gusto por el alargamiento de los vocablos que nos lleva a preferir *intencionalidad* a *intención*, *potencialidad* a *potencia*, *rigurosidad* a *rigor*, *influnciar* a *influir*, *concretizar* a *concretar*, *matizacionar* a *matizar*, etc. etc.

Hemos llegado al final. Es obvio que no vamos a hablar de responsabilidades ni de generaciones, pero sí hemos de saber que una lengua descuidada es una lengua equívoca, y una lengua equívoca reduce, a su vez, el mundo de ideas de las que procede; por tanto, no empobrecemos la nuestra.

Defender lo contrario, lejos de ser moderno, es entroncar con esa España histórica que no premia la fuerza, la salud ni el saber, sino que prima la resignación, la sumisión y la mediocridad.

NOTAS

¹ M. Rabanal, *El lenguaje y su duende*, Madrid, Prensa Española, 1967.

² R. Carnicer, *Sobre el lenguaje de hoy*, Madrid, Prensa Española, 1969; *Nuevas reflexiones sobre el lenguaje*, Madrid, Prensa Española, 1972; *Tradición y evolución en el lenguaje actual*, Madrid, Prensa Española, 1977; *Desidia y otras lacras en el lenguaje de hoy*, Barcelona, Planeta, 1983.

³ R. Carnicer, *Tradición y evolución*, pág. 7. Por lo que se refiere a otros países, célebres fueron los artículos publicados en las revistas y periódicos venezolanos por Ángel Rosemblat y que con posterioridad fueron recogidos en cuatro volúmenes por la Edit. Mediterráneo, con el título: *Buenas y malas palabras*, Madrid, 1978; recientemente, otro ilustre columnista sobre cuestiones del lenguaje,

ASOCIACIÓN ANDALUZA DE PROFESORES DE ESPAÑOL
"ELIO ANTONIO DE NEBRIJA"

en la prensa, en esta ocasión mejicana, José G. Moreno de Alba, ha reunido casi un centenar de dichos artículos en la obra, *Minucias del lenguaje*, México, 1987 (2ª ed. aumentada, 1992). Una amplia bibliografía sobre estas cuestiones se puede ver en J. Polo, «El español familiar y zonas afines. Ensayo bibliográfico», *Yelmo*, I-XXVIII, 1971-1976. Fuera del mundo hispánico, también existe esta tradición de publicar en libros los artículos aparecidos antes en los periódicos: T. Bolelli, *Parole in piazza*, Milán, 1984 (recoge artículos publicados en *La Stampa* desde 1979); J. Cellard, *Histoires de mots*, París, 1985 (artículos aparecidos en *Le Monde* entre 1970 y 1984 bajo el epigrafe de *Vie du langage*).